

# Conservatismo y Realidad

REVILO P. OLIVER

La política es el arte de lo posible. Los conservadores pueden olvidar esto para su propio peligro, y naturalmente, en las actuales circunstancias, su propia destrucción.

Es verdad que la realidad percibida por la observación debe ser compenetrada de teoría, pero la mente del hombre está por siempre tentada por la imaginación, esa hada preciosa que puede, con agilidad que escapa a la vista, saltar el golfo que separa la idea (eidos) de la realidad

El más grande de todos los teorizantes políticos trató de afirmar en términos inequívocos los límites definidos del alcance de cada uno de sus escritos. En la "República" advierte enfáticamente que él está delineando una "politeia en ouranoi" (una política en astros), y repetidamente recuerda la distancia que existe entre el cielo y la tierra. Las "Leyes", sin duda alguna, son más PRACTICAS, mas después de un largo prólogo de consideraciones sobre constituciones existentes y sus antecedentes históricos, el problema que ha de presentarse teóricamente (logoi) está explícitamente definido: formular una constitución para una nueva ciudad que ha de fundarse en un lugar determinado, en un tiempo dado, por un hombre que, —para beneficio de la hipótesis,— tendrá la habilidad de imponer cualquiera institución que estime conveniente para los ciudadanos, los que escogerá a su antojo de un tronco racial determinado dentro de un campo social prefijado y con experiencia política previa. Como la tarea del arquitecto a quien se le da el encargo de diseñar una casa que ha de construirse con fondos ilimitados (pisos de oro sólido, si se quiere), el problema es sumamente instructivo, pero obviamente, destinado al campo de lo teórico. Sin embargo, estos tratados, y más significativamente la REPUBLICA que las LEYES — han inspirado en cada edad en que han sido leídos, a un Plotino para suponer que podría establecer una Platonópolis, con sólo que el poderoso Emperador dé las órdenes pertinentes y supla el dinero necesario.

A través de la historia del idioma Inglés, la palabra "filósofo" ha implicado correctamente la unión de las más altas facultades especulativas con una sabia y resignada aceptación de la imperfección del universo y la falibilidad del hombre. No desprecio el pensamiento metafísico, del cual soy el primero en reconocer la necesidad, más sugiero que cuando los conservadores se propongan formular una doctrina política, harían bien en dar prioridad al pensamiento acerca de los problemas dentro del angosto campo de lo que es ahora posible. Como autor del más penetrante análisis de nuestra situación contemporánea, Richard M. Weaver dice en "Las Ideas tienen consecuencias": "Estamos en busca de un lugar donde pueda hacerse una firme resistencia por el LOGOS en contra del mo-

derno barbarismo" La cuestión es de estrategia, lo que quiere decir que es eminentemente urgente y práctica.

Necesitamos sobre todo conocer exactamente la fuerza del enemigo y la nuestra misma. Y dentro de nuestras propias filas, el acuerdo sobre la estrategia es mucho más importante que la unanimidad en la metafísica. Reconociendo esto, no comprometemos cualesquiera verdades absolutas que conozcamos, como no comprometemos las leyes de gravedad cuando computamos el trayecto y la velocidad de un cuerpo que se mueve, no en un vacío ideal, sino en la atmósfera que, por mucho que nos pese, tiene forma y peso tan importante como la constante de la gravedad. Y si reconocemos esto francamente, podemos al menos esperar mitigar la quejumbrosa anarquía de los conservadores contemporáneos, cuyas frecuentes dilaciones suicidas son a menudo, menos el resultado de rivalidad y fricciones personales que de un hábito de llevar a todo asunto, desde el libre comercio a diferencias raciales, un sistema de creencias tan absolutas que absuelven a sus prosélitos de la penosa tarea de constatar y soportar los hechos.

La diversidad de los principios conservadores es el primer elemento que debemos considerar. Usted y yo (que somos, por supuesto, verdaderos conservadores) podemos fácilmente reunir en cualquier ciudad miles de personas que son conservadoras en el sentido que están "con nosotros" en contra de la abigarrada horda formada de conspiradores comunistas, socialistas, insaciables proletarios, y chicos bien rentistas que gritan por un mundo sin guerra con sorbete gratis para todos, los que han promovido e impuesto los repetidos "Nuevos Tratos" de las tres décadas pasadas. Pero si usted y yo tratamos de llevar a esa audiencia nuestra perfecta ortodoxia, exponiendo cándidamente las verdaderas deducciones de nuestros puntos de vista en todos los temas, desde los impuestos a la transubstanciación, estaríamos operando un tren suburbano a las cinco de la tarde. Los pasajeros se bajarán a cada estación de nuestro argumento, y nos sentiríamos dichosos si al final del viaje estuvieran con nosotros suficientes conservadores para atender dos o tres plataformas.

Aunque el hecho puede ser desastroso para algunos de nosotros, los conservadores hoy están irremediablemente divididos por principios divergentes, creencias discordes e intereses en conflicto, como estuvieron los colonos británicos cuyos esfuerzos unidos crearon los Estados Unidos. Si una doctrina conservadora ha de ser formulada, debe serlo en términos de esenciales en los cuales es posible un consenso razonable. Y si fuera imposible intelectualmente alcanzar tal consenso por medio de una desapasionada y objetiva determinación de lo que es esencial, o si fuera emocionalmente imposible alcanzar una mi-

tua indulgencia tan grande como aquella de nuestros padres en 1776, lo mejor sería irse a casa y dejar nuestro futuro al arbitrio del "Destino del hombre" de Splengler y de "La venida de los Césares" de Amaury de Riencourt.

Si el pensamiento conservador ha de tener efectividad política debe apoyarse en la experiencia humana, en la lógica y el sentido común; necesita de Burkes y de Babbitts, y no de Shelleys jóvenes posesos del Demonio de lo Absoluto. Un tema, cualquiera que sea su justificación en la teoría y en la fe, se excluye del propósito político si no cae en el campo de las actuales posibilidades.

Quizás el más seductor absolutismo de nuestro tiempo en el campo conservador es la engañosa ecuación simple de política - religión. Esta puede tener sus orígenes en una fe intuitiva y personal, o en una demostración teológica, o en la reflexión de que la historia no aporta ningún ejemplo de un sistema ético que pudiera subsistir por largo tiempo divorciado de sanciones sobrenaturales, o en la observación de que nuestro colapso político es el resultado de un nihilismo moral producido por el cientificismo contemporáneo (en violación del verdadero método científico), el escepticismo (cuando va acompañado de una infinita credulidad), el relativismo (cuando sirve de mampara a escondidos absolutos), y el pragmatismo (con sus conclusiones pragmáticamente disimuladas). De una o más de estas percepciones es fácil inferir que el único correcto —o el único posible— conservatismo político es el basado en una afirmación de la Cristiandad. Esta es, de hecho, una de las proposiciones más generalmente aceptadas por los conservadores; ciertamente, de todas las personas incluidas en la amplia y variada definición anterior, más del noventa por ciento, incluyendo, es bueno hacer notar, algunos agnósticos y ateos, le darían su franco asentimiento.

Pero la afirmación obviamente implica algo más que la ostensible neutralidad del estado moderno, el que legalmente equipara Cristiandad con voodoo, demostrando con ello un soberbio e imparcial desprecio por ambos. Las escuelas públicas, en particular, fomentan, y en algunos casos particulares, virtualmente imponen el repudio de la moralidad y ética Cristianas, y definitivamente socavan la fe Cristiana por lo menos en su negación tácita de excluirla de las cuestiones que son religiosas por definición Cristiana. Al menos que las escuelas públicas sean suprimidas o vigorosamente restringidas a la gramática, aritmética y otros temas sin implicaciones religiosas, serán fuerzas antireligiosas extremadamente poderosas hasta que afirmen e inculquen los valores de la Cristiandad. Alegatos similares pueden hacerse hasta cierto grado a otros órganos del estado, los que por su naturaleza pueden expresar o implícitamente negar la fe Cristiana. Se sigue por lo tanto, desde este punto de vista, que los gobiernos de América deben ser oficialmente cristianos y deben activamente propagar la fe.

Sobre este particular, por supuesto, se hace necesario decir específicamente qué es lo que los gobiernos han de propagar. Desde sus orígenes, el Cristianismo ha requerido definiciones doctrinales. Como todos saben, la Cristiandad primitiva incluía innumerables sectas heréticas que sostenían todo desde el nudismo a adoración de

serpientes, y hoy la doctrina, en muchos sectores, se ha vuelto tan nebulosa que miembros de la conspiración comunista están barbotando desde sus púlpitos propagando comunista ligeramente condimentada con un vocabulario pseudoreligioso. Modernistas contemporáneos suelen usualmente evadir el tema con eufórico parloteo, pero antes que las escuelas, por ejemplo, puedan enseñar el Cristianismo deben saber si Jesús era el Hijo de Dios o un joven neurótico que logró hacer algunas afirmaciones que aprueba un obispo "modernista". Un Cristianismo oficial debe ser un cuerpo de doctrina claramente definido, y si ha de ser efectivo, una fe activa en esa doctrina debe ser impartida al menos a una predominante mayoría de nuestra población. Por lo tanto, en realidad, los Estados Unidos deberían tener una Iglesia Establecida, aunque sería bueno evitar el uso de esos términos. Esta conclusión es simplemente natural; durante la mayor parte de su historia, desde Constantino, el Cristianismo ha considerado que el Estado está obligado a suprimir la heregía y el concepto relativamente reciente y moderado de una iglesia estatal establecida por varias prerrogativas legales es aun aceptado tanto en países Protestantes como países Católicos de Europa. Nuestra constitución federal no prohíbe a los Estados el establecer iglesias, y si un número suficiente de Estados establecieran la misma Iglesia, una enmienda constitucional permitiendo el establecimiento de una Iglesia nacional sería cuestión de una mera formalidad. Según entiendo, hay tres concepciones de lo que podría ser una "Iglesia Establecida", estas son: el Catolicismo; un grupo seleccionado de Iglesias protestantes; o un arreglo por el cual estas dos se consideran formalmente iguales. Aquí, por supuesto, los sostenedores de una iglesia establecida es donde están más profundamente divididos.

Aun si ignoráramos esta división, sin embargo, para el momento que llegáramos a estas alturas de nuestro alegato, la mayoría de más del noventa por ciento se habrá reducido a una, comparativamente pequeña, minoría. El alegato, con todo, es enteramente lógico, y aquellos que lo siguen deben ser alabados por haber evitado el pantano del contrasentido pseudoreligioso de moda que pretende una enfermiza semblanza de tolerancia al exigir que todos los cultos se unan para combatir el escepticismo, porque lo importante es tener "una fe" escogida de entre el florecido jardín contemporáneo que ofrece ramilletes que le "caen bien" a todo bello cutis. Eso, por supuesto, equivale a decir que no importa lo que uno crea, lo importante es creer en firme — lo que es, probablemente, el más drástico y ofensivo repudio de la religión conocida en el mundo moderno. Así como la antítesis del amor no es indiferencia sino odio, lo opuesto a la verdadera religión no es la duda, sino una religión falsa.

Mas el camino que evita el pantano conduce a algunas sólidas conclusiones, y uno no puede menos de admirar el atrevimiento y el candor de los pocos que admiten haberlo seguido hasta el fin. Pues si el verdadero conservatismo ha sido identificado con la verdadera fe, la lógica les fuerza a continuar —en algunos casos, me consta, con desgano— a la conclusión final de que los políticos conservadores que no comparten su fe deben ser considerados ya sea como instrumentos para abrir el camino ha-

cia el poder, o como "albatroses colgados del cuello del Verdadero Conservatismo" los que habrá que arrojar al mar para que el conservatismo sea moralmente puro.

*Ahora, aunque yo creo que el tren de razonamiento contiene errores, —includiendo un malentendido inicial de la doctrina Cristiana,— no veo la necesidad ni de argumentar su validez, ni de comentar la curiosa transformación del conservatismo en el movimiento subversivo de la Constitución Americana, y el que sea fomentado por métodos rayanos en la conspiración. Por razones políticas, yo creo que basta hacer notar que el fin propuesto es uno que simplemente no puede alcanzarse*

Bastaría un simple cálculo para mostrar —lo que sin duda alguna es cierto— que no existe iglesia en los Estados Unidos que posea la fuerza numérica, la disciplina interna y los recursos intelectuales y financieros que se necesitarían para formar un "nuevo" Estado en Norte América. Y aun si —per impossibile— se encontrara un medio de trascender las diferencias teológicas reales y vitales y las inveteradas sospechas que dividen a Católicos y Protestantes y separan una de otra las iglesias Protestantes que todavía toman en serio el Cristianismo, las fuerzas conjuntas serían insuficientes para producir la deseada transformación, excepto en el improbable caso de, a) la conversión milagrosa de muchas gentes que discernan que no existe intervención en las cosas de este mundo por un ser sobrehumano, o, b) una catástrofe nacional que signifique tal pérdida de vida y destrucción material que efectivamente aniquile toda organización política y social dejando el territorio libre de la presencia de tropas no-Cristianas, dejando el establecimiento de la iglesia o iglesias en cuestión relativamente intacto. En otras circunstancias, seguramente, los proponentes de una iglesia oficial, si suficientemente hábiles y enérgicos, pueden ejercer alguna influencia en nuestro futuro aliándose ellos mismos y procurando encausar para sus propios fines, otras fuerzas de nuestro complejo político. Pero en una semejante maniobra arriesgan cometer el error de los ingleses Victorianos que —increíble parece ahora— se imaginaron que el Socialismo Fabiano era un medio de restaurar en el poder a la aristocracia terrateniente. En política, como en física, la trayectoria de un cuerpo en movimiento está determinada por la suma de todas las fuerzas que actúan sobre él. Sospecho fuertemente que si los teócratas pudieran calcular los radios vectores de las varias fuerzas a las que sus propios esfuerzos podrían añadirse, descubrirían que estos esfuerzos podrían promover solamente un autoritarismo fundamentalmente secular y no haría más que contribuir con unos cuantos términos cristianos al vocabulario de un Hitler americano. Y es posible que, por ironía constante de la historia, sus esfuerzos sirvan precisamente para añadir el momento de fuerza necesario para el triunfo de la verdadera antítesis de la terrena "civitas Dei" que han planeado tan cuidadosamente.

El argumento que he bosquejado arriba y he tratado de criticar objetivamente fue escogido simplemente como una conveniente y específica ilustración de la facilidad con la que, en pensamiento político, "la lógica conduce a los

abismos". Sería fácil multiplicar los ejemplos, incluyendo las teorías que más enfáticamente prohíben al estado la más ligera inclinación religiosa. Mi punto es simplemente que nuestro pensamiento debe seguir a Aristóteles y Tucídides en vez de a Platón.

Al urgir a los pensadores políticos conservadores el dar la espalda a las formulaciones metafísicas y encararse a las arduas tareas de medir y comprender históricamente las fuerzas que ahora operan en nuestra sociedad, no pretendo predecir que una tal investigación descubriría finalmente (asumiendo que puede hacerse con suficiente objetividad para permitir un consenso razonable en lo que actualmente se observa), y —obviamente— no puedo menos que indicar por vía de ilustración la clase de preguntas que necesitan contestarse.

Existe en la sociedad Americana una fuerza distinta, la que puede calificarse mejor de centrípeta para evitar el error corriente de identificarla con los fines que corrientemente usaba alcanzar. Sus orígenes son indudablemente complejos, extendiéndose quizás, desde el concepto Pelágico del hombre hasta una brizna de fe en la magia tribal, pero que está manifiesto en el aparentemente simple concepto de un gobierno altamente centralizado e ilimitado como un medio de legislar sobre virtud universal. Políticamente esta fuerza es inevitablemente autoritaria, y en este sentido R. Aron y A. Dandieu estaban en lo cierto, —en su "Decadencia de la Nación francesa" (1931)— al describir al Fascismo como una "demostración del espíritu americano", basando su juicio en la Enmienda Décimo-octava de la Constitución de los Estados Unidos y fenómenos semejantes. Económica y socialmente, sin embargo, como el simple ejemplo de la Prohibición basta para recordarlo, la fuerza centrípeta no opera necesariamente en favor de los objetivos que generalmente se reconocen como los de la Izquierda

Es verdad que en años recientes la fuerza centrípeta ha sido usada exclusivamente por la Izquierda y tan efectivamente que ahora es una generalización válida que toda centralización o aumento del poder gubernamental en cualquier nivel político automáticamente fomenta los propósitos de la Conspiración Comunista. Mas es lógico que el poder centralizado, si de alguna manera fuera ejercido por los anti-comunistas, podría ser usado en contra de la conspiración; podría arguirse que sólo tal poder sería el adecuado para suprimir a los criminales; y hay algunos observadores que están convencidos que la fuerza centrípeta "per se" es irresistible. De todas maneras, esa fuerza es una con la que tenemos que contar.

Si la tendencia centrípeta es ambivalente, hay dos fuerzas relacionadas con la que la Izquierda se ha consistentemente desunido y a la que teme desesperadamente. Yo creo que sería generalmente concedido que bajo todas las capas de sentimentalidad y helada sofistería con la que nuestras escuelas embadurnan las mentes de sus víctimas, persiste un latente pero fuerte sentimiento de nacionalismo Americano, el cual como sabedor de que los Estados Unidos son al menos potencialmente, una nación grande, poderosa y superior que puede distinguirse por

no tener compromiso a formas políticas particulares. Este es un sentir que se lastima y quizás se aviva, casi diariamente, por ejemplo, cada vez que el Gobierno Americano con un morbido rebajamiento se humilla ante un grupo de gentuza en un país más pequeño que Baltimore que insolentemente demanda nuestro canal, o se degrada a sí mismo a una igualdad formal con los salvajes sobrevivientes de la Edad de Piedra que corrientemente invaden las "Naciones Unidas". Este sentir, yo creo, se intensifica por actuales esfuerzos en suprimirlo, y seguramente persistirá como una fuerza de considerable magnitud hasta que el territorio mismo de los Estados Unidos sea realmente ocupado por los ejércitos de un "gobierno mundial".

Una segunda fuerza que es menos obvia y puede haberse escapado a la atención de observadores que se protegen a sí mismos del contacto con las gentes, pero que, al menos que me equivoque, se puede discernir en una gran masa de norteamericanos, cuya complacencia los conservadores tan a menudo deploran, un generalizado y silencioso estado de ánimo frustrado y resentido. La masa de la que hablo está compuesto de personas que no son conservadoras en el sentido de que lean las publicaciones conservadoras, hayan pensado profundamente sobre principios políticos, o hayan aun examinado las locas perogrulladas impresas en nuestros periódicos; pueden describirse como personas de escasa información, pero que son legión y pueden aun ser la mayoría de ese grupo mal definido llamado la "clase media". Por años han sido embrocados por los "benefactores", intimidados por los llorones y los rúbulas, insultados por sabihondos vulgares, sangrados por parásitos y engañados por traidores; parece, sin duda, que su paciencia o su apatía fuese infinita. En su totalidad apenas si se dan vagamente cuenta de lo que les ha sucedido, pero han sido inquietados — quizás en su mayoría, por lo que parece haya sido un fatal error en la estrategia de la Izquierda, la que, por primera vez en su campaña, se ha comprometido a una posición destacada de la cual no puede retroceder sin perder la batalla. El fanatismo racial de los "intelectuales liberales", la agitación racial organizada por los Comunistas, y el abierto alcahueteo de los partidos políticos a los bloques raciales han producido un golpe mayor que el efecto total de todas las locuras y fraudes económicos e internacionales de nuestro tiempo. En otras áreas el resentimiento de que he hablado es aun menos expresado y menos definido, pero ligeras manifestaciones pueden encontrarse en la regularidad con la que las nuevas emisiones de bonos para escuelas son derrotadas en los comicios de comunidades en las que no hay oposición organizada y en el tedio y disgusto con los que muchos votantes reaccionaron en la reciente campaña presidencial. Aunque incipiente y sin expresión propia, el creciente resentimiento de la "clase media" es potencialmente una fuerza de gran poder, y en algunas circunstancias, de poder explosivo.

Con toda probabilidad, las tres fuerzas que hemos señalado se aglutinarán en una sola, posiblemente ciega pero irresistible, si la actual inflación termina en un simple colapso económico; actuarán de esa manera en caso de una guerra en que los Estados Unidos no sean decisiva-

mente vencidos o entregados por traición dentro del primer mes de hostilidades. Y es enteramente posible que aun ahora se pongan en movimiento por un esfuerzo concertado de parte de los conservadores Americanos. Sobre este punto debe hacerse mucho hincapié, pues los conservadores, quienes a veces están inclinados a creerse una desvalida, así como desorganizada, minoría, deberían darse cuenta que están provocando una abstención moral, y que tienen el poder de armar la tremolina, si quisieran.

Pero las tempestades, aparte de la responsabilidad moral de provocarlas y la violencia con que se mueven, tienen precisas desventajas. Las fuerzas así desencadenadas en la vida Americana necesariamente resultarían en una enorme concentración de poder en las manos de un individuo que, cualesquiera que fueran sus intenciones y como quiera que su poder pudiera ser encubierto bajo fórmulas convencionales, sería en efecto un "tyrannus", y esta concentración de poder significaría automáticamente el sacrificio de parte, si no del todo, de esa libertad personal y económica que los conservadores tanto aprecian. Lo mejor que podría esperarse sería un César Augusto, y mientras muchos de nosotros, tal vez, aceptaríamos eso, debemos también recordar que cuando los Romanos aceptaron a César Augusto, también aceptaron de antemano sin saberlo, a Tiberio y a Calígula. Uno no debe hacerse ilusiones acerca de la inevitable decadencia del poder personal — y de la sociedad que lo acepta.

Si los conservadores no están deseosos de resignarse a una dictadura nacionalista como la única defensa de los horrores del Comunismo internacional, deben encontrar una posible alternativa y mientras hay una amplia variedad de modelos teóricos por los cuales uno podría expresar una preferencia teórica, confieso que no veo una fuerza asequible o una combinación de fuerzas de suficiente magnitud que no fuera la representada por la Constitución Americana. Una mayoría del pueblo norteamericano, a pesar de los mejores esfuerzos de nuestros educadores y publicistas, mantiene un profundo respeto y un apego emocional a la Constitución. Conserva por ella una gran lealtad sin necesidad de alegatos o de persuasión; es el centro natural de todo sentimiento patriótico, incluso de la fuerza que llamamos el nacionalismo Americano; y calma los celos de la "clase media" cuyos resentimientos han sido corrientemente ocasionados por las violaciones de su letra o de su espíritu. Además, cualesquiera que sean sus defectos en comparación con las "Ideae" trazadas en el Cielo, es indudablemente la más suprema hazaña del hombre Occidental en un plan de gobierno que fue puesto en práctica. Y a pesar de las perversiones de su letra e intención, la nación que adoptó esa Constitución ha florecido a un grado sin paralelo en la historia.

Me parece, por lo tanto, que la doctrina política de los conservadores americanos debe basarse en la Constitución, y de acuerdo con nuestro pensamiento político, o más bien, franco ejercicio especulativo, debe comenzar por las premisas de la Constitución. Y necesitamos urgentemente asegurar, hasta donde se pueda, que si las fuerzas con que contamos puedan posiblemente contrabalancear las fuerzas que operan nuestros enemigos, incluyendo

aquellas fuerzas centrípetas que, nos parece, debemos dejar en sus manos.

Necesitamos también comprender la Constitución — en particular, comprender claramente lo que no está expresado en ella. Es un hecho curioso que mientras muchos pueden recitar la substancia de la Constitución y están, por supuesto, conscientes de que establece un gobierno federal, muy pocos saben algo sobre las trece constituciones estatales que fueron, naturalmente, el complemento necesario en la formación de la constitución federal y las que proveyeron el contexto dentro del cual ésta última fue escrita. R. G. Collingwood en su "Autobiografía" dice que uno realmente no comprende una afirmación hasta que hayamos formulado de manera precisa una pregunta a la cual aquella conteste, pues una parte del sentido se encuentra en aquello que la pregunta excluye o da por entendido.

Los autores de la Constitución, por ejemplo, pensaron necesario disponer que ningún estado puede jamás llegar a ser una monarquía, pero creyeron innecesario estipular que "la forma republicana de gobierno" garantizaba a los estados el degenerar en el gobierno de las masas. Dieron por entendido que ningún estado sería compuesto de Indios o tener una población exclusiva de Chinos. Dieron por entendido que la cultura de la nación permanecería siempre Cristiana y Humanista, asumiendo que la tradición clásica sería estimada por sus propios méritos, y que Budistas y Mahometanos (los que, a propósito, son ahora las sectas de más rápido crecimiento) serían tan escasos como los elefantes. Y no se les ocurrió que los ciudadanos de los estados habrían de permitir que la propiedad privada se pusiera en peligro por una masa de votantes irresponsables.

Necesitamos también comprender claramente por qué la Constitución fue, en cierto sentido, un fracaso. En verdad que si sus autores hubieran anticipado el amargo fin del tercer cuarto de siglo de la República que ellos fundaron —por no mencionar los acontecimientos subsiguientes hubieran drásticamente revisado el documento o hubieran llamado urgentemente a las tropas Británicas. No es desdoro decir de ellos que no fueron omniscientes; cuando Macaulay con justicia declaró (en 1857) que la Constitución era "todo velas pero sin ancla" hablaba de un barco cuyo velamen y estiva habían sido gravemente alteradas por marineros que ni entendieron el plan original ni las consecuencias de sus propios actos. Y a los constructores apenas si se les puede hacer responsables por la explosión de fanatismo irracional que hace un siglo rompió toda la fábrica con un golpe tal del que los futuros historiadores, si los hay, podrán decir que nunca ha podido recuperar. Debemos ahora comprender la naturaleza y los límites de las reparaciones que puedan hacerse. Y si el remiendo de la destruida fábrica parece una tarea afrentosa para orgullosos pensadores políticos, les deseo buena suerte, pero debo decir que la Antártica no me parece un lugar muy prometedor para establecerse y comenzar.

El pensamiento conservador, me parece, debe ser ante todo, realista, comprendiendo que la política, como las leyes, debe fundarse en pesadumbre y no en esperanzas.

Trata con limitados y refractarios materiales en modos escasos para preservar lo mejor que se pueda la preciosa y perecedera creación del espíritu humano que llamamos cultura. Pues así como debemos dejar la noción de la bondad natural del hombre a los optimistas glandulares y otra suerte de payasos, así también debemos reconocer que la civilización, lejos de ser natural y espontánea, es como un jardín o un campo de trigo, una siembra artificial que el hombre debe cuidar incansablemente contra las fuerzas de una arrolladora y hostil naturaleza.

Esa penosa realidad ha sido por mucho tiempo indudable. Los hombres cultos no han tenido necesidad de viajar a Baalbek o a Persépolis con el Conde de Volney para preguntar "por qué motivos se elevan y caen los imperios" y los contemporáneos de Paul Valery no hubieran tenido la necesidad de aprender en una guerra mundial que todas las civilizaciones son mortales, —ni hubieran necesitado perder el ánimo al descubrir lo que había sido obvio para Herodoto.

La tierra está salpicada de tumbas de civilizaciones. Nueve grandes ciudades muertas yacen hacinadas unas sobre otras bajo el desolado montón de Troya. Las muy recientes excavaciones en la Isla de Bahrein han descubierto una sobre otra, a siete ciudades de una cultura avanzada cuyo nombre mismo se ha perdido. Un millar de Ozymandieses han dejado sus derruidos memoriales en las solitarias llanuras arenosas, y un millar de poetas, con Firdousi, han visto con admiración melancólica al buho haciendo guardia sobre los torres de Afrasiab. La nota inquietante es que estas naciones del pasado perecieron por decadencia interna tan a menudo como por conquista exterior. El frenético edicto de Suppiluliumas II, el último de los reyes Hititas, nos muestra un desmoralizado imperio en que la traición era tan abundante y encubierta como lo es ahora en Washington, D. C.

La civilización occidental, es cierto, se ha mostrado más resistente que las grandes concentraciones que Eric Voegelin llama los imperios cosmológicos. Una literatura de la mente y el espíritu puede sobrevivir el saqueo de las ciudades y una tradición viva corre ininterrumpida desde Homero hasta nuestros días. Mas uno no necesita recordar cuán precaria ha sido esa supervivencia; cuán a menudo el hilo vital ha sido casi roto; cuán cortos en estos tres mil años han sido los de grandeza; cuán rápidamente ha pasado la gloria del espíritu creador de Atenas y de Roma.

El Occidente ha sido siempre un claro comparativamente pequeño en la inmensidad de la selva. A cada momento de su historia el mundo bárbaro, vasto, prolífico, brutal, paciente y eterno, ha enmarcado el área de la civilización y apenas ha perturbado los puestos avanzados de los más apartados imperios. Los nómadas del desierto se sonreían con mofa y esperaban mientras las falanges de Macedonia, las legiones de Roma y los regimientos de Inglaterra marchaban sobre las ruinas de Nínive hacia el pasado.

Mucho más doloroso es contemplar, sin embargo, el barbarismo inherente al Occidente mismo. Fueron los conciudadanos de Sófocles y de Sócrates los que votaron la masacre de los habitantes de Mitilene. En la guerra de

los Treinta Años los ejércitos de las más cultas naciones de Europa marcharon y contramarcharon, creando y recreando las desoladas tierras por la gloria de Dios. Y la "espléndida estrategia" del Gobierno Británico que bombardeaba las poblaciones civiles de indefensas ciudades alemanas para forzar al Gobierno Alemán a bombardear las poblaciones civiles de indefensas ciudades inglesas de modo que suficientes ingleses murieran para levantar el entusiasmo por la guerra contra Alemania, una "estrategia" que hubiera provocado náuseas aun a Atila y Hulagu.

Mucho más doloroso es aun saber que el salvaje está siempre presente en nuestras más escogidas asambleas y que no hay manera de sacarlo: gloriosa estirpe, posición social, selección democrática, educación, son normas que invocamos en vano. El patricio Catilina alimentaba su alma enferma con sueños de sangre y ciudades incendiadas; y el elegante Fulvia atravesó con su puñal la lengua de Cicerón. Tadeo Stevens se sentó en el Senado Americano, donde habían hombres que con gusto le estrechaban la mano. Y en las procesiones académicas de Harvard, vestidos con los adornos de la erudición, marchan los "Doctores philosophiae" cuyos lares espirituales están en las cabañas de los magos de las riberas del Zambezi o en las tiendas manchadas de sangre de Genghis Khan.

El hecho simple y llano es que el barbarismo es el estado natural del hombre. Seres humanos anatómicamente modernos han existido en este planeta por cerca de 50,000 años, mas las primeras trazas esporádicas de civilización rudimentaria han aparecido hace menos de 6,000 Y dentro de cada cultura siempre han habido grandes masas de gentes que apenas la han conocido como una rutina exterior. Las carreteras y los subterráneos de nuestras grandes ciudades, noche a noche, llevan millones de gentes a sus hogares, los que no entienden más la civilización en que viven que la foca entrenada en la piscina del jardín zoológico. Lo que sorprende realmente no es que las civilizaciones se hayan desintegrado, sino que lleguen a existir.

En sus años maduros Renán redujo la cultura humana a una severa fórmula: "A fuerza de quimeras ha logrado obtener de un buen gorila un esfuerzo moral sobrenatural". Esta fórmula, de seguro, deja sin explicar cómo el buen gorila es capaz de esfuerzo moral bajo cualquier estímulo, y de dónde vino la trascendente percepción de lo bueno y de lo bello que haya inspirado a unos hombres, aunque pocos, a crear una cultura del espíritu. Pero como una advertencia de lo precario de toda civilización la fórmula es inatacable.

Sobre nosotros, que nos hemos empeñado en conservar la civilización Occidental, y sobre la nación que, cumpliendo una profecía que hubiera parecido fantástica hace cincuenta años y es ahora el último gran reducto de esa civilización, cae la tarea de una laboriosa delicadeza y de una aterradora magnitud. Pero la obligación es una que ninguno de nosotros puede evadir, pues ya no existen torres de marfil a la cual los doctos puedan escapar, como María Antonieta se escapó de la política a la simple vida del Petit Trianon. Ese simple hecho es una medida de la terriblemente rápida decadencia de nuestra civilización

No hay una sola persona culta que no mire, como hacia un Paraíso perdido, al bello mundo estable de 1910, y que no se conformara con el de 1926 o aun con el de 1932 — y quizás hayan buenas probabilidades para que dentro de algunos años el mundo de 1960 tenga ciertos encantos que no se le hayan descubierto todavía por contraste.

El proceso histórico está gobernado por leyes que no deben estar fuera de la humana observación y del humano razonamiento. Es posible, por supuesto, que el Occidente esté irremediamente senecto — que a través de algún biológico deterioro de nuestro plasma racial, o a través del principio biológico al cual Spengler y Raven someten los conceptos incorpóreos que constituyen la cultura y por los que la historia se mueve en ciclos preconcebidos: "nascentes morimur". Pero si rechazamos este fatalismo rayano en lo astrológico, quedan aun las leyes históricas de la clase con las que la mente Occidental está peculiarmente equipada a tratar — leyes como las estudiadas por Correa Moylan Walsh en los tres volúmenes que son casi desconocidos aun para los devotos de la "historionomía", en gran parte, creo, porque su autor es un Norteamericano. Probablemente todos los fenómenos tan brillantemente analizados por Spengler y sus imitadores pueden también ser explicados por las leyes de la causa y el efecto puestos en movimiento por la voluntad humana. Tales leyes no conducen al fatalismo más que las leyes que inexorablemente decretan que los hombres que se arrojan a un abismo deben sufrir las previsibles consecuencias. Y si la historia está regida por leyes de esta naturaleza, el pensamiento conservador no está incapacitado para conservar nuestra tradición.

Es en tales términos, yo creo, que como hombres racionales, debemos sobrepujar en astucia a las fuerzas de la naturaleza, para conservar y quizás, en un más feliz futuro, aumentar — el claro en medio de la selva. Es la tarea del pensamiento político conservador, como yo lo veo, comprender y medir todas las aterradoras fuerzas que amenazan nuestra supervivencia, desde la Conspiración Comunista que está corroyendo hoy otra raíz de vida americana, a la menos inmediata amenaza de los prolíficos bárbaros en otros continentes. La tarea es delinear la estrategia y formular, en la única forma aconsejable, los principios de nuestra Constitución, con un realista y racional patriotismo. La tarea es — si se me permite usar una palabra perversa que congelará las mentes delicadas cultivadas en nuestros invernaderos "liberales" — la de formular un coherente y específico "Americanismo".

La Ciudad de Dios de San Agustín es sin duda alguna un imponente monumento de la metafísica Cristiana y puede que aun haya consolado a algunos de sus lectores por el saqueo de Roma por Alarico. Sin duda alguna consoló también a su autor quien murió mientras los Vándalos arrasaban los muros de Hipona. Nuestra tarea es defender a Roma

(NOTA: Revilo P. Oliver es profesor de los autores clásicos, griegos y latinos, en la Universidad de Illinois, Estados Unidos de América)